

ÓPERA, ROBOTICA

¿Qué nos hace esencialmente humanos? *Death and the Powers*, presentada en Boston, explora una posible respuesta a través de la tecnología y el bel canto.

Por Hernán Iglesias Illa / Boston

Death and the Powers fue desarrollada por el MIT Media Lab, en colaboración con The American Repertory Theater y el Chicago Opera Theater.



FOTOS: JONATHAN WILLIAMS / PAULA AGUIERA

Una docena de robots y una enorme tecnología creada para estos 90 minutos.



El Teatro Majestic, en el centro de Boston, es un edificio típico y barroco, parecido a los teatros que ciudades de todo el mundo se construyeron a sí mismas a fines del siglo XIX o principios del siglo XX. Tiene molduras doradas (pero probablemente no de oro), alfombras gruesas y oscuras, pesadas cortinas borgoña al final de cada pasillo y butacas de hierro torneado, madera y cuero. Es un entorno tradicional para un arte tradicional, la ópera, que alcanzó su apogeo artístico y de popularidad hace ya más de 100 años.

Esta noche, sin embargo, esta continuidad se ha roto. Minutos antes de que dé comienzo *Death and the Powers: The Robots' Opera* (La muerte y la familia Powers: La ópera de los robots), la nueva ópera del compositor estadounidense John Machover, las siluetas de tres robots sin brazos y cabeza triangular miran desde el escenario hacia las butacas. Detrás de ellos, tres bloques

de varios metros de alto, con pantallas y movilidad propias, funcionan como paredes extrañas y nada clásicas. Esta noche, el teatro quizá todavía tenga la estética del siglo XX, pero el escenario es definitivamente del siglo XXI.

Lo mismo ocurre con la ópera, que no está producida por una compañía tradicional sino por el Media Lab del MIT, el Laboratorio de Medios del Instituto Tecnológico de Massachusetts, donde trabaja Machover y en el que investigadores tecnológicos de los campos más variados (de los medios a la música y de internet a la medicina) han diseñado muchas de las ideas y los proyectos más innovadores de las últimas décadas. Del laboratorio de Machover en el Media Lab salió, por ejemplo, la tecnología que se usó en Guitar Hero, el exitosísimo videojuego para Xbox y PlayStation en el

que los participantes “tocan” los clásicos del rock con guitarras y baterías de juguete.

Por eso, esta es una ópera especial. No solo porque hay una docena de robots entre sus personajes, sino también por la enorme cantidad de tecnología creada y aplicada específicamente para sus 90 minutos de

duración. Lo más novedoso quizá ni siquiera sea eso sino su guion.

Death and the Powers, que se presentó una docena de veces en

Boston y Chicago, y pronto saldrá de gira por otras ciudades, cuenta la historia de un multimillonario e inventor que decide, antes de morir, hacer un *download* de sí mismo a lo que él llama “el sistema”, es decir, todo lo que tiene alrededor en su casa. Cuando muere su cuerpo, el resto de Simon Powers, el multimillonario protagonista, sigue viviendo en ese ambiente. Los diálogos entre los personajes – todos cantados: no hay →

Esta ópera está producida por el Media Lab del MIT.



El tenor Hal Cazalet hace el papel de Nicholas, una especie de nexo entre robots y humanos.

← una línea sin melodía- incluyen entonces preguntas sobre qué es lo que nos hace esencialmente humanos. “¡La materia es mortal, el sistema vive para siempre!”, grita-canta el tenor James Maddalena, que interpreta a Powers, antes de morir.

Uno de los problemas que genera esta historia para el director de la ópera (Machover) y su guionista, el poeta Robert Pinsky, es que su personaje más importante desaparece después de 20 minutos. ¿Qué hacer entonces con él? Powers sigue vivo en “el sistema”, pero no en su cuerpo. ¿Cómo mostrar a un actor-tenor sin cuerpo? La solución a la que llegaron refleja la herencia y la influencia del MIT en la obra. Dos programadores de la Universidad de Boston crearon un proyecto llamado “Actuación sin cuerpo” (Disembodied Performance), en el que cada noche colocan a Maddalena junto a la orquesta, lo conectan a una serie de sensores que miden su respiración, su temperatura y su presión arterial, y lo transforman en

texturas de luz, que se ven reflejadas en los tres grandes bloques sobre el escenario. El cuerpo de Powers ha dejado de existir, pero se comunica con su familia (su mujer, su hija y su discípulo, que han quedado en su mansión, en el planeta Tierra) con su voz y con las señales corporales del tenor Maddalena. El efecto es hipnótico y creíble: uno oye la voz de Maddalena, viniendo desde ningún lado, pero la ve en los colores, las pulsaciones y las texturas de esas sensaciones en las pantallas gigantes.

Dos horas antes de la función, Machover me pasó a buscar por la puerta del teatro y cruzamos la calle, sacudidos por un viento helado e insoportable, hasta un pequeño restaurante tex-mex con asientos de plástico y luces de neón llamado María’s Tacos. Machover pidió un burrito de pollo con crema agria y guacamole, y una Diet Coke.

Los diálogos tienen preguntas sobre qué nos hace humanos.

Tenía puesta una chamarra negra, una camiseta negra y jeans y botas negras: el uniforme del artista bohemio para ocasiones especiales. Machover es bajito y eléctrico: tiene dos ojos azules que se mueven sin parar y una corona de pelo castaño largo y salvaje, completamente fuera de control. Habla tan rápido y toca tantos temas al mismo tiempo que después de unos minutos de conversación me pidió, con el burrito entero en la mano:

“¿Puedo parar un minuto a comer un poco?”. Tras probar y masticar dos bocados, siguió: “Un escenario que se mueve también es un robot. No me interesa tanto el asunto de que los robots puedan reemplazar a los humanos, o convertirse ellos mismos en humanos. Me interesa más qué puede ocurrir cuando el mundo físico a nuestro alrededor se vuelve animado, y cuál es el límite entre los humanos y este mundo físico inteligente”. →



La trama está basada en las reacciones que tienen los familiares del difunto y de cómo este sigue presente por la tecnología.

← La ópera empieza y termina con robots, pero está claro que su interés principal son los humanos. El mercadeo y la publicidad de *Death and the Powers*, incluyendo su subtítulo, han puesto mucho énfasis en la yuxtaposición de “robots” y “ópera”, y Machover dio a entender en nuestra charla que eso no le había gustado mucho. Al ver la ópera, un par de horas más tarde, era fácil saber por qué. Los robots funcionan como una especie de coro griego, comentando la acción de los otros personajes, pero el corazón del director está con sus protagonistas humanos. En la primera escena se preguntan los robots, solos sobre el escenario: “¿Qué es esto de la muerte?”, “¿Es un desperdicio, es entropía, es información reasignada?”. Según el argumento de la obra, los robots heredaron el planeta Tierra de los humanos en un futuro no muy lejano, y están leyendo los rastros dejados por Powers. Por eso se preguntan por nuestras emociones: “¿Sufrimiento? ¿Qué es eso? ¿Por qué alguien elegiría sufrir?”, dice uno de ellos.

Esta primera escena emparenta a la ópera de Machover con los textos clásicos de cien-

cia ficción de Arthur C. Clarke y sus robots melancólicos, que envidian o desean ser un poco más humanos. Cuando en *2001: Odisea del espacio*, la novela de Clarke y la película de Kubrick, la supercomputadora HAL9000 dice, inolvidablemente: “Tengo miedo, Dave, tengo miedo”, es imposible no ver esa melancolía y ese deseo. Pero Machover está interesado en la dirección contraria: no quiere máquinas con sueños de ser humanos sino que quiere humanos, como Powers, con sueños de ser máquinas.

Durante la función, Machover está de pie detrás de los controles de luces y sonido, moviendo palancas, apretando botones y meneando la cabeza al ritmo de la música. A su derecha está el responsable del sonido, un estudiante del Media Lab que tiene apenas 19 años. “Esa es una de las cosas que más me gusta del MIT”, había dicho Machover antes, todavía combatiendo contra su burrito. “Es una estructura bastante horizontal, donde

las ideas de alguien importan tanto como su currículum. Este chico vino a vernos cuando entró a la universidad, resultó ser un genio del audio y acá está. No importa que sea joven o no tenga experiencia”.

Este método de trabajo en equipo del MIT le sirvió a Machover para compararse con la producción del nuevo musical de El Hombre Araña en Nueva York, que ha estado plagada de fracasos, accidentes y demoras en la fecha de estreno. “Este Spider-Man creció bajo

la figura del creador-genio que tiene una visión y todos los demás deben obedecer”, explicó Machover en alusión a Julie Taymor, la prestigiosa directora

de musicales cuya extravagante (y carísima) idea para el nuevo Hombre Araña se hundió bajo su propio peso. (En marzo, Taymor fue despedida de su cargo). “Ese esquema casi nunca funciona, o no funciona tan bien como debería”, dijo Machover. “Nuestro enfoque, el del Media Lab, es distinto, más colaborativo”. →

Los robots funcionan como una especie de coro griego.

Para su tribu,
esta es la pescadería del barrio.

PLANETA HUMANO

Narrado por Gael García Bernal

ESTRENO JUEVES 12 DE MAYO, 10 PM

Discovery
CHANNEL™

tudiscovery.com/planeta-humano

© 2011 & ™ Discovery Communications. Todos los derechos reservados.

BBC
EARTH

Disponible en verdadera alta definición.

HD
THEATER
A Discovery Company



El escenario y los robots usados se desarrollaron especialmente para esta obra.

← Boston, donde están Harvard y el MIT, dos de las universidades más importantes de Estados Unidos (y del mundo), es una ciudad con la sensibilidad ideal para apreciar un proyecto como *Death and the Powers*. Está llena de programadores y científicos, y pensadores obsesionados con el cruce entre filosofía, arte y tecnología. Es una ciudad, en una palabra, muy *geek*. (La diferencia entre *geek* y *nerd* es que *nerd* es una palabra peyorativa mientras que *geek* es el nombre que los *geeks*, los fanáticos de las computadoras, las matemáticas, los cómics y *La guerra de las galaxias*, se dan a sí mismos). Machover dice que la diferencia entre Harvard y el MIT es que los *geeks* de Harvard son analíticos y brillantes: grandes cerebros pensando grandes temas. Los del MIT, en cambio, son “hacedores”: les gusta armar cosas, empezar proyectos. La ópera, en cualquier caso, es un manifiesto *nerd-geek*, para cualquiera de los dos tipos y quizá en contra de la voluntad del propio Machover.

Digo esto porque la tesis principal de la obra, repetida varias veces por Simon Powers, es que el cuerpo humano es falible

y desechable: “Sólo quiere azúcar y grasa y sexo”, canta Maddalena en un momento. La máquina, en cambio, el sistema, es perfecta. “Soy postorgánico”, brama Powers más tarde. Para el típico programador de computadoras, que usa poco su cuerpo —hace poco deporte, baila poco, tiene poco sexo— este sistema es el que se diluye Powers es la mayor fantasía posible: el objetivo de su vida ya no es solo dominar la máquina-computadora, sino convertirse a sí mismo en la máquina-computadora. Para el joven adolescente que domina las computadoras pero se ve traicionado por las hormonas cuando le toca enfrentarse a una chica, el “sistema” lo arregla todo: ya no hay más hormonas ni desbarajustes químicos que interrumpen su relación con la red.

En María’s Tacos, cerca de terminar su burrito, Machover había estado meditando sobre el valor de la tecnología en la música. El Media Lab no solo ha creado la

tecnología sobre la que se basó Guitar Hero sino que también ha estado trabajando mucho en la relación entre música y salud. “Queremos saber cómo afecta la música a la gente con mal de Alzheimer o a los niños que tienen autismo”, dijo Machover. “Mi sueño para dentro de 20 años es poder crear música específica para cada persona para un momento particular. En vez de escuchar música pop, que es igual para todo el mundo, diseñar piezas musicales adaptadas

a tus experiencias y tu sistema auricular, y la manera en la que te sientes hoy”. A pesar de todos los estudios sobre el tema, la medicina no sabe hoy cómo puede

afectar la música a una persona que está deprimida, neurótica o ansiosa. “Pero para eso está la música”, dice Machover cruzando al trote otra vez la calle, hacia el teatro. “La música existe para que podamos construir relaciones con otra gente”. Aunque sea, como en la ópera, a través de la máquina: a través de “el sistema”. Q

Machover quiere humanos con sueños de ser máquinas.